Historias fantásticas de islas verdaderas

ERNESTO FRANCO

Traducción de Natalia Zarco

gatopardo ediciones

Título original: *Storie fantastiche di isole vere*

© 2024 Giulio Einaudi editore s.p.a., Torino

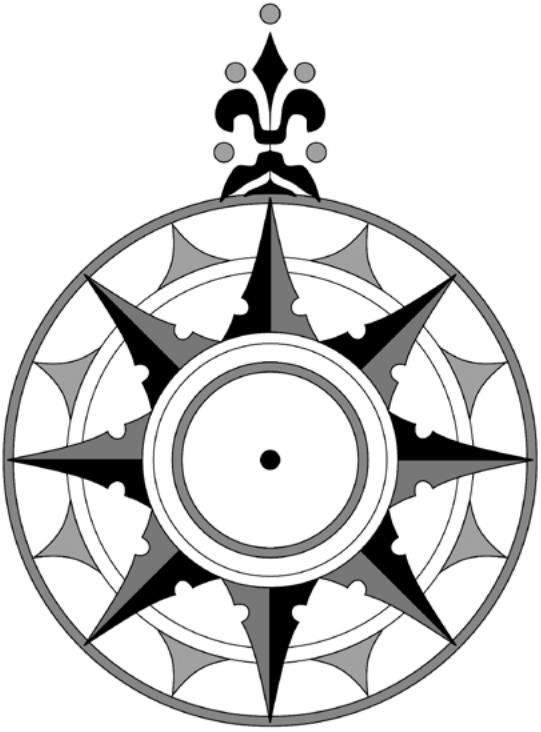
© de la traducción: Natalia Zarco, 2025
© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2025
Rambla de Catalunya, 131, 1.º-1.ª
08008 Barcelona (España)
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: junio de 2025

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

ISBN: 978-84-129676-7-8
Depósito legal: B-10461-2025
Impresión: Liberdúplex, S.L.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Rosa de los vientos de la carta náutica
dibujada por el cartógrafo portugués
Pedro Reinel en 1504.

para Giorgio y para Andrea, juntos

Allí quiero ir; aún confío
en mi aptitud y en mí.
En torno, el mar abierto, por el azul
navega plácida mi barca.
Todo resplandece nuevo y renovado,
dormita en el espacio y el tiempo el mediodía.
Sólo tu ojo —desmesurado—
me contempla, ¡oh Eternidad!

F. Nietzsche, *Hacia nuevos mares*

PRÓLOGO

LAS VERDADERAS ISLAS SON SIEMPRE IMAGINARIAS

Éste es un libro maravilloso en más de un sentido: maravilloso por la calidad de la escritura, maravilloso por su potencia creativa y maravilloso por las generosas posibilidades que regala a la mente del lector en busca de nuevos horizontes.

Quizá cada lector es, de alguna manera, un viajero imaginario, como los concebidos por Ernesto Franco. Quizá los lugares imaginarios nacen del simple deseo de ver más allá del horizonte. Sabemos que viajeros intrépidos provenientes de Islandia, China y África partieron mucho antes que Colón a la exploración de mares desconocidos; otros, igualmente intrépidos, pero menos propensos a la acción, siguieron en su patria y trataron de imaginar los países inexplorados. Una crónica medieval narra la historia de un noble a quien el confesor le había recomendado ir en peregrinación a Jerusalén para expiar sus pecados. Como detestaba la idea de afrontar las dos mil millas de distancia entre su residencia y la Ciudad Santa, el noble dio, durante

varios años, cada día, una vuelta completa alrededor de su castillo, después de haber calculado su circunferencia, hasta cubrir la distancia requerida, creando una cartografía imaginaria sobre la geografía real circundante.

Dicho esto, ¿basta con un evento aparentemente fantástico para lograr que un lugar sea fantástico? Toda la geografía, ya sea la que encontramos en las enciclopedias y los atlas o la más amplia, visitada en sueños, existe en un espacio limitado sólo por nuestro poder de definirlo como fantasía o realidad. Las islas en particular, dado que se caracterizan por esa perfecta metáfora del infinito que es el mar, se convierten en lugares donde todo es posible. Con el deleite de un antiguo explorador, Ernesto Franco ha elegido seguir este camino de metamorfosis. En este delicioso libro, que habría despertado la envidia del mismo Marco Polo, Franco se ha dividido en dos cómplices involuntarios que componen un catálogo de islas, extraídas sin duda del mundo real, pero transformadas en lugares encantados: el Pilota, un viejo marino astuto con debilidad por el ron y el tabaco, que describe estas islas inmejorablemente identificadas, y el Cronista, que le hace de amanuense. Corresponde al lector decidir si estos lugares mágicos que surgen de las olas son, por ejemplo, «bajíos disfrazados de islas o islas disfrazadas de bajíos». Cada isla explorada por Franco es ella misma y también su sombra. La isla de Ons en Galicia, por ejemplo, es un minúsculo punto en medio del mar, pero como alberga un ejército de espectros gimientes, aparentemente almas perdidas en busca de su lugar en el más allá, Ons es también la en-

trada al Infierno o la puerta del Paraíso. «También aquí hay —se nos dice— una entrada y una salida...» En el islario de Franco, la isla también puede convertirse en la criatura que la habita: el oso, en el caso de la isla de Kodiak; los presos, en el de Alcatraz, o el Minotauro en el caso de Creta. La identidad de la isla cambia no sólo en presencia de tales habitantes, sino también en la de los viajeros que arriban a ella por casualidad y de ese modo la caracterizan, porque como explica el Pilota: «No existe un laberinto igual para todos». El Pilota relata la historia de la Atlántida, isla convertida en una historia. La intervención humana puede influir en el destino de una isla, pero no es un destino sin apelación. Las Galápagos de Darwin son hoy «islas protegidas, es decir, de los riesgos de destrucción». Ciertamente, y el Pilota añade: «Pero los volcanes, en el fondo del mar, no duermen».

Libros como éste llenan de envidia al lector, empujándolo a su vez a desear escribir más historias. Si Ernesto Franco me lo permite, quisiera ofrecerle esta historia real. El 4 de noviembre de 2003, catorce refugiados kurdos y cuatro marineros indonesios a bordo de una pequeña embarcación llegaron a la isla de Melville, en aguas australianas, a ochenta kilómetros al norte de la ciudad de Darwin, con la intención de solicitar asilo político. Informado del hecho, al no estar dispuesto a gestionar los enésimos solicitantes de asilo, el primer ministro australiano John Howard adoptó una postura drástica: decidió romper los lazos de la nación con Melville y, en nombre de su gobierno, «repudió» la isla,

junto con otros cuatro mil islotes pertenecientes a Australia. Y así, Melville se ha vuelto imaginaria.

Cada expedición, imaginaria o real, nos impone sus propias y muy estrictas reglas. Una, acaso la más importante, es que cada viaje es secuencial, en el verdadero sentido de la palabra. «Tal vez viajar —afirma Franco (o quizá uno de sus personajes)— no sea sino un continuo mandarse noticias a uno mismo al lugar de partida.» Sin embargo, tan pronto como el viajero ha zarpado, se altera el puerto que ahora queda a sus espaldas: surgen nuevos edificios en calles modificadas y vienen a habitarlos nuevas personas, rodeadas de un paisaje que también ha cambiado. También en la memoria del viajero la nostalgia reconfigura el mundo abandonado, transformando chozas en palacios y banalidades en maravillas. Porque el viajero —el migrante, el exiliado, el rechazado— está condenado a recordar un lugar que ya no existe. En este sentido, toda nuestra geografía es imaginaria. Hamlet definió la tierra imaginaria hacia la que todos nos dirigimos como «ese país por descubrir, de cuyos confines ningún viajero retorna». A lo mejor todos nuestros viajes son una preparación para ese país que está al otro lado, un país ilustre y anhelado.

Alberto Manguel

HISTORIAS FANTÁSTICAS DE ISLAS VERDADERAS

FILFLA

—Calipseas. Islas Calipseas. Archipiélago de las islas Calipseas. Malta, Gozo, Comino, Cominotto, Ogigia, islas de San Pablo, Isla Manoel, Filfla, Filfoletta, Roca del Ganeral…

—¿Quizá alguna más?

—No, no hay más. Malta, Gozo, Comino, Cominotto, Ogigia, islas de San Pablo, Isla Manoel, Filfla, Filfoletta, Roca del Ganeral, y algunos escollos que se pierden entre las olas, siempre así, dudando entre ser bajíos disfrazados de islas o islas disfrazadas de bajíos. Desde el punto de vista de las islas supone una gran diferencia.

Le acababa de preguntar al Pilota sobre sus años en las islas maltesas y él contestó al instante, sin levantar la vista de la labor de remiendo del trasmallo que algo, quizá un enorme atún rojo, había estado a punto de destrozarle. Los pescadores de San Fruttuoso lo llamaban el Pilota porque de todos era sabido que había desempeñado en el puerto de Génova ese oficio, el de práctico o «piloto navegante». Durante años había salido a mar abierto en la embarcación reglamentaria, todo